

¡Asamblea constituyente ahora!

No hace falta ser pitoniso para anticipar cómo se viene el próximo aniversario del golpe militar del 73: con una serie de foros y debates en las altas esferas; de recapitulaciones visuales en blanco y negro para rememorar lo que fue el episodio y sus secuelas; de más chacota televisiva en que los banales de siempre harán bromas acerca del asunto y jugarán a ser, ahora, buenos amigos; de posters y muñequitos y productos embotellados con los rostros de entonces. A todo ello le servirá de complemento una facción juvenil que habrá de tomarse una vez más las calles y la emprenderá a peñascazos contra el guanaco y a bombas molotov contra los edificios públicos. Los prohombres del antiguo régimen seguirán, entretanto, mintiendo calladamente en los tribunales y el ánimo de todos se verá exaltado por unos días, quizás una semana, para luego aquietarse de a poco y devolvernos a todos a la gran costumbre, al eufemismo como estilo de vida, al reality show como alternativa y la página

de vida social como el espejo dominical bizarro en que seguiremos escrutándonos cada fin de semana.

La transición chilena se edificó desde su génesis sobre la retórica encubridora y el eufemismo de los "apremios ilegítimos" como sucedáneo del dolor infligido al bando derrotado. Deberíamos reflexionar cada tanto en torno a esto: a cómo fue y con qué artes maquiavélicas se logró -consiguió alguien- que en esta época singular los ciudadanos desprevenidos se habituaran a denominar "apremios ilegítimos" a la práctica algo menos higiénica de arrancarle las uñas al adversario reducido en cualquier silla de interrogatorios. En este lapso inagotable de un decenio o algo más que ahora se apronta a conmemorar los treinta largos años transcurridos

desde la insurrección militar; desde el instante cruento en que un tropel de uniformados y civiles parapetados en las sombras arrasaron el orden constitucional. Vamos camino de

cumplir un cuarto de siglo regidos por la falacia constitucional que los usurpadores de entonces aprobaron para gobernarnos. Seguimos jugando a un juego con cartas marcadas, en un orden espurio que ninguna mayoría electoral auténtica consintió en su día.

De aquí, tal vez, esa compulsión que ahora nos sobreviene de fabricar muñequitos y juguetes alusivos a la gesta golpista o sus protagonistas: interdictos como nos hallamos desde hace treinta años, sólo nos queda ahora adquirir una colección entera de pequeños Allendes y pequeños Pinochets para armar, eventualmente, el taca-taca rememorador de nuestras propias claudicaciones. Puede que sea más fructífero armarlos de una vez por todas del suficiente valor, de la suficiente energía y creatividad, y exigir a voces, todos a una, la instancia que nos falta para mirarnos al espejo con el debido respeto cívico.

Aunando quizás esa petición en una única consigna válida: ¡Asamblea constituyente ya!

